

MARIDO PERFECTO
PADRE PERFECTO

¿PERFECTO MENTIROSO?

TODA LA VERDAD

KAREN CLEVELAND

KAREN CLEVELAND

TODA LA VERDAD

Traducción de María José Díez Pérez

 Planeta

Título original: *Need to Know*

© Karen Cleveland, 2018

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2018

ISBN: 978-84-08-18241-2

Depósito legal: B. 2.338-208

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

—Malas noticias, Viv.

Oigo la voz de Matt, unas palabras que horrorizarían a cualquiera, pero el tono es tranquilizador. Desenfadado, como de disculpa. Es algo malo, seguro, pero que se puede solucionar. Si fuera algo malo de verdad, su voz sería más grave. Utilizaría una frase completa, un nombre completo: «Tengo malas noticias, Vivian».

Sujeto el teléfono con el hombro, ruedo con la silla hasta el otro lado de la mesa con forma de ele, hasta el ordenador, que se halla centrado bajo los armarios altos y grises. Llevo el cursor hasta el icono con forma de búho de la pantalla y hago clic dos veces. Si es lo que creo que es —lo que sé que es—, no estaré mucho aquí trabajando.

—¿Bella? —pregunto.

La vista se me va a uno de los dibujos hechos con pinturas que están afianzados con chinchetas de colores a las altas paredes del cubículo, una nota de color en medio de este mar gris.

—Treinta y ocho y unas décimas.

Cierro los ojos y respiro hondo. No nos pilla por sorpresa. La mitad de los de su clase han estado enfermos, han ido cayendo como fichas de dominó, así que sólo era cuestión de tiempo. Los niños de cuatro años se contagian con mucha facilidad. Pero ¿hoy? ¿Tenía que pasar hoy?

—¿Alguno más?

—Sólo la fiebre. —Hace una pausa—. Lo siento, Viv. Parecía que estaba bien cuando la he dejado.

Trago saliva a pesar del nudo que noto en la garganta y asiento, aunque Matt no me ve. Cualquiera otro día iría él a buscarla. Puede trabajar desde casa, al menos en teoría. Yo no, y agoté todos mis días libres cuando nacieron los gemelos. Pero Matt está llevando a Caleb al centro para la última ronda de citas médicas. Hace semanas que me siento culpable por no poder estar, y ahora no estaré y además seguiré tomándome un día que no tengo.

—Llegaré antes de una hora —aseguro.

Según las normas, disponemos de una hora desde el momento en que nos llaman. Si tenemos en cuenta lo que se tarda en llegar allí y el paseo hasta el

coche —está en los confines de los vastos aparcamientos de Langley—, dispongo de unos quince minutos para dar por concluida la jornada. Quince minutos más que añadir a mi saldo negativo.

Miro de reojo el reloj de la esquina de la pantalla —las diez y siete minutos— y a continuación me fijo en la taza de Starbucks que tengo junto al codo derecho, el vapor que escapa por el orificio que hay en la tapa de plástico. Un gusto que me he dado, un capricho para celebrar este día que tanto tiempo llevaba esperando, un chute de energía para hacer más llevaderas las tediosas horas que se avecinaban. Unos minutos preciosos desperdiciados en una cola que podría haber empleado en examinar los archivos informáticos. Tendría que haberme limitado a lo de siempre, a la cafetera chisporroteante que deja posos flotando en la superficie del café.

—Es lo que les he dicho a los del colegio —responde Matt.

En realidad el «colegio» es la guardería donde pasan los días nuestros tres hijos más pequeños, pero la llamamos *colegio* desde que Luke tenía tres meses. Léí que podía facilitar la transición, aliviar el sentimiento de culpa por dejar a tu hijo ocho o diez horas al día. No ayudó demasiado, pero supongo que cuesta cambiar el chip.

Hay otra pausa, y oigo a Caleb balbuceando de

fondo. Aguzo el oído y sé que Matt está haciendo lo mismo. Es como si estuviésemos condicionados a hacerlo cuando pasa eso. Pero no son más que sonidos vocálicos, sigue sin haber consonantes.

—Sé que se supone que hoy es el gran día... —dice al final Matt, dejando la frase sin terminar.

Estoy acostumbrada a esos vacíos, a las conversaciones evasivas cuando hablamos por mi línea no segura. Siempre doy por sentado que hay alguien escuchando: los rusos, los chinos. Ésa es la principal razón por la que el colegio llama primero a Matt cuando surge un problema. Prefiero que haga de filtro y evite que algunos de los detalles personales de los niños lleguen a oídos de nuestros adversarios.

Llamadme paranoica, o llamadme simplemente analista de los servicios de contraespionaje de la CIA.

Pero lo cierto es que eso es todo lo que sabe Matt. No sabe que he estado intentando destapar una red de agentes encubiertos rusos, en vano. O que he desarrollado una metodología para identificar a las personas que forman parte del programa secreto. Sólo sabe que llevo esperando meses a que llegue este día. Que estoy a punto de averiguar si dos años de duro trabajo van a dar sus frutos. Y si tengo alguna posibilidad de lograr ese ascenso que tanta falta nos hace.

—Sí, bueno —respondo, moviendo el ratón ade-

lante y atrás, viendo cómo carga Athena, el cursor con forma de reloj de arena—. Hoy lo importante es la cita de Caleb.

Mis ojos vuelven a centrarse en la pared del cubículo, los vivos dibujos hechos con pinturas. En el de Bella, un dibujo de nuestra familia, los brazos y las piernas son palitos que salen directamente de seis caras redondas y felices. En el de Luke, algo más refinado, hay una única persona, gruesos trazos dentados para colorear el pelo, la ropa y los zapatos. Pone MAMI con grandes letras mayúsculas. De su etapa de superhéroe. Soy yo, con una capa, las manos en las caderas y una S en la camiseta: Supermami.

Noto una sensación familiar en el pecho, la opresión, la necesidad apremiante de llorar. «Respira hondo, Viv. Respira hondo.»

—¿Las Maldivas? —sugiere Matt, y siento que un amago de sonrisa aflora a mis labios.

Siempre hace esto, encuentra la manera de hacerme sonreír cuando más lo necesito. Miro de reojo la fotografía de nosotros dos que tengo en un rincón de la mesa, mi preferida de la boda, hace casi una década. Los dos tan felices, tan jóvenes. Siempre estábamos hablando de ir a algún lugar exótico para celebrar nuestro décimo aniversario. Desde luego, ya no es posible, pero soñar es divertido. Divertido y deprimente.

—Bora Bora —propongo yo.

—No me importaría. —Vacila, y en ese intervalo vuelvo a oír a Caleb.

Más sonidos vocálicos. «Aah, aah, aah.» Calculo mentalmente los meses que Chase lleva haciendo sonidos consonánticos. Sé que no debería —todos los médicos dicen que no debería—, pero lo hago.

—¿Bora Bora? —oigo detrás de mí, fingiendo incredulidad. Tapo el micrófono con la mano y me vuelvo. Es Omar, mi homólogo en el FBI, con una expresión de guasa en la cara—. Creo que va a ser difícil justificarlo, hasta para la Agencia. —Esboza una ancha sonrisa. Contagiosa, como siempre, y me hace sonreír.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, la mano aún tapando el micrófono. Caleb balbucea en mi oído. Esta vez son oes: «Ooh, ooh, ooh».

—Tenía una reunión con Peter. —Da un paso más, se sienta en el borde de la mesa. Le veo la silueta de la funda de la pistola en la cadera, a través de la camiseta—. Puede que la hora fuera una coincidencia o puede que no. —Mira de soslayo la pantalla de mi ordenador y la sonrisa se le borra un tanto—. Era hoy, ¿no? A las diez de la mañana.

Miro la pantalla, oscura, el cursor aún con forma de reloj de arena.

—Era hoy. —El balbuceo ha cesado. Hago rodar

la silla para volverme, ligeramente, apartándome de Omar, y quito la mano del micrófono—. Cariño, tengo que dejarte. Ha venido Omar.

—Salúdalo de mi parte —replica Matt.

—Lo haré.

—Te quiero.

—Y yo a ti. —Dejo el teléfono en la base y me vuelvo hacia Omar, que sigue sentado en mi mesa, con las piernas, enfundadas en unos pantalones vaqueros, extendidas y cruzadas en los tobillos—. Saludos de parte de Matt —le comunico.

—Aaah, así que él es la conexión con Bora Bora. ¿Pensáis ir de vacaciones? —La sonrisa ha vuelto con toda su fuerza.

—En teoría —contesto, con una risa poco entusiasta. Suena tan mal que noto que el color me sube a las mejillas.

Omar me mira un instante y después, por suerte, se concentra en su muñeca.

—Bien, son las diez y diez. —Descruza las piernas y las cruza hacia el otro lado. Luego se echa hacia delante, el inconfundible entusiasmo de su cara—. ¿Qué tienes para mí?

Omar lleva haciendo esto más tiempo que yo. Por lo menos una década. Está buscando a los agentes encubiertos que están en Estados Unidos, y yo intento destapar a los que dirigen la célula. Ninguno

de los dos ha logrado su objetivo. Nunca deja de sorprenderme que siga siendo tan entusiasta.

—Todavía nada. Ni siquiera he podido mirar.

Señalo la pantalla, el programa que aún se está cargando, y después miro la fotografía en blanco y negro que tengo en la pared de mi cubículo, junto a los dibujos de los niños: Yury Yakov. Cara regordeta, expresión dura. Unos clics más y estaré dentro de su ordenador. Podré ver lo que él ve, navegar por la red como él, rebuscar en sus archivos. Y, con suerte, demostrar que es un espía ruso.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi amiga Vivian? —pregunta Omar risueño.

Tiene razón. De no ser por la cola del Starbucks, habría entrado en el programa a las diez en punto. Habría tenido unos minutos para echar un vistazo, por lo menos. Me encojo de hombros y señalo la pantalla.

—Estoy en ello. —Después señalo el teléfono—. De todas formas, va a tener que esperar. Bella está enferma. Tengo que ir a buscarla.

Exhala con gesto dramático.

—Esos mocosos... Siempre tan oportunos.

Un movimiento en la pantalla llama mi atención, y acerco la silla. Athena está cargando por fin. Hay *banners* rojos por todas partes, un montón de palabras, cada una para indicar un control distinto, un

compartimento diferente. Cuanto más larga es la cadena de palabras, tanto más clasificado el texto. Y ésta es bastante larga.

Hago clic en una página, en otra. Cada clic es una confirmación. Sí, sé que estoy accediendo a información compartimentada. Sí, sé que no puedo revelar su contenido o iré a la cárcel y me pasaré allí mucho tiempo. Sí, sí, sí. Tú llévame de una vez hasta la información.

—Se acabó —afirma Omar. Me acuerdo de que está ahí y lo miro con el rabillo del ojo. Él desvía la vista a propósito, evitando con todas sus fuerzas la pantalla, dándome intimidad—. Lo presiento.

—Eso espero —farfullo. Y lo espero, pero estoy nerviosa.

Con esta metodología nos la jugamos. Y de qué manera. Creé un perfil para contactos sospechosos: centros educativos, estudios y titulaciones, centros bancarios, viajes a Rusia y al extranjero. Elaboré un algoritmo, identifiqué a los cinco individuos que encajaban mejor en el modelo. Posibles candidatos.

Los cuatro primeros resultaron ser pistas falsas, y ahora el programa está en la recta final: todo depende de Yury, el número cinco. El ordenador en el que más costó entrar, en el que yo tenía más confianza.

—Y si no —añade Omar—, habrás hecho algo que nadie ha sido capaz de hacer: te habrás acercado.

Tratar de descubrir a los contactos es un enfoque nuevo. Durante años el Buró ha estado intentando identificar a los agentes encubiertos en sí, pero están tan integrados que es prácticamente imposible. La célula está estructurada de forma que estos agentes no se relacionen con nadie salvo con su contacto, pero incluso esa relación es mínima. Y la Agencia se ha centrado en los jefes, los tipos que supervisan a los contactos, los que están en Moscú y que tienen vínculos directos con el SVR, el servicio de inteligencia ruso.

—Acercarse no cuenta —observo en voz baja—. Tú lo sabes mejor que nadie.

Más o menos cuando empecé a trabajar en esa sección, Omar era un agente nuevo muy ambicioso. Había propuesto una iniciativa novedosa: invitar a agentes encubiertos arraigados a que «salieran del frío» y se entregaran a cambio de la amnistía. ¿Su lógica? Tenía que haber al menos unos cuantos agentes que quisieran convertir su tapadera en realidad, y quizá nosotros pudiéramos averiguar lo suficiente de ellos para infiltrarnos en la red en su totalidad.

El plan se ejecutó con discreción, y una semana después se presentó ante nosotros un hombre llamado Dmitri. Dijo que era un contacto de nivel intermedio, y nos dio información sobre el programa que corroboró lo que sabíamos: había otros contactos

como él responsables de cinco agentes encubiertos cada uno; él informaba a un jefe que era responsable de cinco contactos. Una célula autónoma por completo. Eso llamó nuestra atención, por supuesto. Después llegaron las afirmaciones descabelladas, la información que contradecía todo cuanto sabíamos que era verdad, y por último desapareció. Dmitri *el Anzuelo*, lo llamamos a raíz de eso.

Ése fue el final del programa. La idea de reconocer en público que en Estados Unidos había agentes encubiertos, de admitir nuestra incapacidad de dar con ellos, difícilmente podía ser del agrado de los peces gordos del Buró. Entre eso y la posibilidad de que los rusos nos manipularan —ofrecer a agentes dobles de anzuelo que proporcionaran pistas falsas—, el plan de Omar fue objeto de duras críticas y acabó siendo rechazado. «Nos veremos desbordados con otros Dmitris», adujeron. Y así fue como se estancó la que en su día había sido la prometedora trayectoria profesional de Omar. Cayó en el olvido, bregando día tras día con una labor ingrata, frustrante, imposible.

La pantalla cambia, y aparece un iconito con el nombre de Yury. A mí esto siempre me electriza, ver ahí el nombre de mis objetivos, saber que tenemos una ventana que nos permite asomarnos a su vida informática, a la información que consideran priva-

da. En ese preciso instante, Omar se levanta. Está al tanto de los esfuerzos que estamos realizando para descubrir a Yury. Forma parte del puñado de agentes del Buró que sabe de la existencia del programa, y es su mayor fan, la persona que cree en el algoritmo, y en mí, más que ninguna otra. Aun así, no puede acceder a él directamente.

—Llámame mañana, ¿vale? —me dice.

—Claro —contesto.

Da media vuelta y nada más verle la espalda, alejándose, centro la atención en la pantalla. Hago doble clic en el icono y aparece un recuadro con un reborde rojo que refleja el contenido del portátil de Yury, un espejo exacto que puedo peinar. Sólo tengo unos minutos antes de irme, pero me bastan para echar un vistazo.

El fondo es azul marino y está salpicado de burbujas de distintos tamaños, en diversas tonalidades de azul. Hay iconos alineados en cuatro pulcras filas a un lado, la mitad de ellos carpetas. El nombre de los archivos está en cirílico, caracteres que reconozco pero no sé leer, al menos no en condiciones. Hace años hice un curso de ruso para principiantes, pero luego nació Luke y lo dejé. Sé algunas frases elementales, reconozco algunas palabras, pero eso es todo. Para el resto cuento con expertos en idiomas o programas de traducción automática.

Abro algunas carpetas y los documentos de texto que contienen. Página tras página de denso cirílico. Me llevo una gran decepción, una decepción que sé que es absurda. ¿Cómo iba a escribir en inglés, a dejar constancia de algo en inglés, «Listado de operativos encubiertos en Estados Unidos», un ruso sentado delante de su ordenador en Moscú? Sé que lo que busco está encriptado. Sólo espero ver alguna pista, algún archivo protegido, algo con un encriptado obvio.

Gracias a infiltraciones de alto nivel llevadas a cabo a lo largo de los años sabemos que la identidad de los agentes encubiertos la conocen únicamente los contactos, y que los nombres se guardan en dispositivos electrónicos, a escala local. No en Moscú, porque el SVR teme que haya topes dentro de su propia organización. Es tanto el miedo que les tienen que prefieren arriesgarse a perder agentes encubiertos a tener los nombres en Rusia. Y sabemos que si a un contacto le pasara algo, el jefe accedería a los archivos electrónicos y se pondría en contacto con Moscú para obtener una clave de desencriptado, una parte de un protocolo de encriptado multicapa. Tenemos el código de Moscú, pero nunca hemos tenido nada que desencriptar.

El programa es hermético: no podemos entrar en él. Ni siquiera sabemos cuál es su verdadero objetivo, si es que lo hay. Podría ser tan sólo recabar infor-

mación pasiva, o podría ser algo más siniestro. Pero, puesto que sabemos que el director del programa rinde cuentas nada menos que a Putin, me inclino a pensar que es lo segundo, y esto precisamente es lo que me quita el sueño.

Sigo mirando, leyendo cada uno de los archivos, aunque no esté muy segura de lo que estoy buscando. Entonces veo una palabra en cirílico que reconozco. *Друзья*: Amigos. El último icono de la última fila, una carpeta amarilla. Hago doble clic, y la carpeta se abre y despliega un listado de cinco imágenes en JPEG, nada más. Mi corazón empieza a acelerarse. Cinco. Hay cinco agentes encubiertos asignados a cada contacto; lo sabemos por múltiples fuentes. Y además está el título: «Amigos».

Abro la primera imagen: se ve un plano de la cara de un hombre de mediana edad, anodino, con gafas redondas. Me pongo nerviosa. Los agentes están bien integrados. A decir verdad, son miembros invisibles de la sociedad. Éste podría ser perfectamente uno de ellos.

La lógica me dice que no me emocione demasiado: toda la información que poseemos afirma que los archivos de los agentes encubiertos están encriptados. Sin embargo, mi instinto me dice que esto es algo gordo.

Abro la segunda: una mujer, pelirroja, con los

ojos muy azules, la sonrisa ancha. De nuevo, una instantánea de la cabeza, otro posible agente encubierto. La miro fijamente. Me asalta una idea que intento pasar por alto, pero no puedo. Son sólo imágenes. No hay nada sobre su identidad, nada que el jefe pudiera utilizar para ponerse en contacto con ellos.

A pesar de ello. «Amigos.» Imágenes. Así que puede que Yury no sea el escurridizo contacto que yo confiaba en desenmascarar, aquel al que la Agencia ha asignado recursos, porque quiere dar con su paradero. Pero ¿y si es un reclutador? Y estas cinco personas deben de ser importantes. ¿Objetivos, tal vez?

Abro la tercera imagen y en mi pantalla aparece una cara. Una instantánea de la cara, un primer plano. Tan familiar, tan esperada..., y sin embargo no, porque está aquí, donde no tiene que estar. La miro sorprendida, una, dos veces, mi cerebro pugnando por tender un puente entre lo que estoy viendo y lo que significa. En ese instante juraría que el tiempo se detiene. Unos dedos helados aprisionan mi corazón y lo estrujan, y lo único que oigo es el ruido de la sangre que se me agolpa en los oídos.

La que tengo delante es la cara de mi marido.